

# MI VIDA CON UN FUMETA

Aventuras y desventuras de **CLARITA BROWN**

Con ilustraciones de  
Cristóbal Fortúnez



**MI VIDA  
CON UN  
FUMETA**

Aventuras y desventuras de

**CLARITA BROWN**

**m̄r**

© Del texto: Fidel Moreno, 2020  
© De las ilustraciones: Cristóbal Fortúnez, 2020  
© Editorial Planeta, S. A., 2020  
Martínez Roca, sello editorial  
de Editorial Planeta, S.A.

Diseño de cubierta y de interiores: Setanta  
[www.setanta.es](http://www.setanta.es)

Preimpresión: Safekat, S. L.  
Depósito legal: B. 11.341-2020  
ISBN: 978-84-270-4771-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/Printed in Spain  
Impresión: Unigraf, S. L.

Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

## DRAMATIS



## PERSONAE

Mi nombre es **Clarita Brown**, nací en Valladolid, vivo en Madrid, estudié Filología Hispánica, fui correctora, tuve una beca para hacer una tesis sobre el punto y coma en el siglo XVIII y soy la protagonista de esta historia.



**Fidel Moreno** es escritor, periodista, músico y un viejo amigo. Si esta es mi historia, él ha sido el encargado de escribirla, con fidelidad a lo que le he contado y a mis opiniones, que a menudo no coinciden con las suyas. Dirige la revista *Cáñamo* y es autor del ensayo *¿Qué me estás cantando? Memoria de un siglo de canciones* (Debate, 2018). Como El Hombre Delgado ha publicado varios libros-disco. Ha sido colaborador en *A vivir* de la SER y en *Herrera en Cope*, y escribe en *El País* y otros medios. Por respeto a sus dos hijos y a su esposa solo aparece de refilón en estas páginas.



**Cristóbal Fortúnez**, gallego afincado en Madrid, es uno de los ilustradores más reconocidos de su generación. Se pone el chándal por encima del pijama para bajar al supermercado, esa es su filosofía. Alguna vez le he pedido que repitiese alguno de mis retratos, porque somos amigos y la realidad ya es demasiado fea como para no salir guapa en la foto. Ha publicado en todas partes y colabora asiduamente en prensa y publicidad. Es coautor de *Amo los uniformes* (Astiberri) y de los nueve volúmenes de *Cuaderno Blackie Books*, y autor del extinto blog *Fauna Mongola* de Madrid.



**Marcelo** es el origen de esta historia, el fumeta del título, la losa de mi ataúd. Me hubiera gustado tener una experiencia más plena y variada para no tener que presentarlo como el gran amor de mi vida, pero así son las cosas. En las páginas que siguen hablo de él casi tanto como hablo de mí.



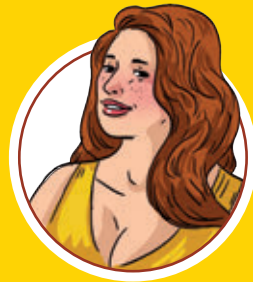
**El Morse** es un cannabicultor extraordinario que se entiende mejor con las plantas que con los humanos. Es tan bueno que una acaba por perdonarle sus horribles gustos musicales.



**Nené** es joven, guapo y sin papeles. Vive el momento y esconde muchas sorpresas.



**Violeta** es la encarnación del deseo. Su libertad a veces da miedo, pero a su lado el mundo se vuelve más apasionante. Para ella la revolución feminista será cannábica o no será.



**Trini** es mi gran amiga, la hermana mayor que nunca tuve. Siempre disponible para una nueva aventura sentimental, los desencuentros amorosos a su lado pierden importancia.



**Don Aurelio** fue mi profesor de lingüística, el director de la tesis que nunca terminé. Un hombre honorable que es hoy parte de mi verde familia.

# CAÑA DE LOMO



Ahora me arrepiento de haberle dicho a Marcelo que se viniera a vivir conmigo. Y no han pasado ni tres meses. Ayer mismo levanto la tapa del váter y me encuentro un zurullo tamaño caña de lomo. «Marcelo, se te ha olvidado tirar de la cisterna», le grito desde el baño. ¿Y qué creen que me responde? Que no es verdad, que tirar, tiró, pero que «aquello no se iba». «¿Y no has pensado, Marcelito, en utilizar un cubo de agua?», y todavía tiene la cara dura de contestarme que qué culpa tiene él de que la cisterna no funcione correctamente. Como si fuera un niño, como si yo fuera su madre.

Mis amigas me dicen que no es porque sea porrero, que es cosa de hombres, pero yo sé que la hierba que se fuma sin parar algo tiene que ver. No solo eso, por supuesto.

A él, que Podemos no haya ganado las elecciones le ha terminado de deprimir; que de su grupo de amigos de la universidad haya sido de los pocos que no ha conseguido una paguita en el ayuntamiento de Ahora Madrid o en el partido de Pablo Iglesias tampoco ayuda, sobre todo desde que hace cuatro meses dejó de cobrar el paro. Había que verlo al pobre, pidiendo sin éxito trabajo por los bares. «¿No has pensado —le dije para interrumpir una de sus encendidas soflamas contra el cruel capitalismo— en que si te pusieras ropa decente habría más posibilidades de encontrar curro?». «Mira como tus amigos de Podemos ya no visten como cuando estabais de okupas en el Labo», añadió para terminar de convencerle de que se quitara aquel pantalón de mercadillo playero lleno de lamparones y aquella maloliente camiseta con las mangas cortadas. «Si ya no puede uno vestir como quiera es que el fascismo ha conquistado nuestras vidas», protestó con la boca chica mientras se desvestía para ponerse una camisa y unos

pantalones vaqueros que le había comprado en H&M. Esa misma tarde de finales de agosto, vestido con aquella ropa que le regalé, entró a trabajar en la terraza de un bar, a seis euros la hora. La cosa fue que en dos semanas llegó el mal tiempo, y como en la terraza solo se sentaban los fumadores empedernidos, ya no lo volvieron a llamar. Tristón y sin dinero, decidió volver al pueblo con sus padres, y a mí no se me ocurrió mejor idea que proponerle que se viniera a vivir conmigo a mi pisito. Al fin y al cabo, con mi beca podríamos tirar los dos, y seguro que no tardaría en encontrar de nuevo un trabajo. «Si gana Podemos van a necesitar gente, y yo estoy en el círculo desde antes de las europeas; y hasta que lleguen las elecciones, si quieres, me encargo yo de cocinar y de las tareas del hogar, y así puedes tú adelantar en tu tesis doctoral».

El primer mes y medio estuvo muy bien, ¡hasta se salía al balconcito a fumarse sus porros! Pero empezó a llegar el frío y descubrió una página de enlaces para ver series gratis, y el sofá, Marcelo, el portátil y los porros empezaron a ser uno y lo mismo: un trasto humeante en mi salón y en mi vida.

En la semana que ha pasado desde la derrota de Podemos en las elecciones, todo ha ido a peor. Si antes me quejaba por lo pesado que se ponía con la política, ahora solo habla de series; de series que yo no he visto. La variedad de las comidas con las que jugaba a sorprenderme se han reducido a un cocido semanal que alarga echándole agua para hacer sopas, y para que haga algo de las tareas domésticas tengo que ponerme con él, aprovechar lo que él llama «sus cinco minutos de actividad diarios».

Hace poco, después de que la noche anterior tuviera que regañarle para que vaciase los ceniceros, descubrí que debajo del sofá se amontonaban las chustas de sus porros. Y ayer, el zurullo talla XXXL atrancando el retrete. ¿Qué hago? ¿Lo mando al pueblo con sus padres o lo tiro por el balcón?





# ROSCÓN DE REYES



Las Navidades han pasado muy tranquilas, pero han tenido un final apoteósico. Yo he adelantado tres capítulos de mi tesis, aunque ahora llevo dos días que no soy capaz de escribir una línea. Como si tuviera una loncha de jamón york en la cabeza que me impide concentrarme. Y mi amiga Trini está igual. La que ha montado Marcelo con el roscón de Reyes cannábico.

—Clarita, invita a merendar a tus amigas que viene mi primo del pueblo y quiere fiesta.

Marcelo se había pasado la mañana metido en harina para hacer un roscón y a la hora de comer para entretener los nervios se había puesto a decorar la casa con espumillón.

—Marcelo, es 5 de enero, queda un día para que terminen las Navidades. ¿Tú crees que tiene sentido decorar el piso a estas alturas?

—No es por Cristo ni por los Reyes, es por la fiesta del roscón. Vamos a vivir la auténtica epifanía y esta chincheta que acabo de clavar, de la que parten estos rayos de espumillón plateado, es la estrella que nos guiará.

—¿Estás ya drogado?

—Un verdadero chef tiene que probar lo que cocina.

A mi llamada acudieron mis amigas Trini y la Mapu, solteras y sin hijos ni sobrinos que llevar a la cabalgata de los Reyes Magos. Marcelo, antes de que llegaran, advirtió a Samuel de que tenía muchas posibilidades de «mojar» aquella noche con alguna de mis amigas: «Tú háblales del campo, que a estas de ciudad les pone el olor a estiércol». Samuel tenía veintidós años, era tan fuertote como inocente, y tenía el pelo rapado al uno. No había

salido mucho del pueblo, pues, malo para los estudios, desde casi niño se había ocupado de pastorear un rebaño de cabras. Cansado de la vida rural había venido a Madrid con intención de enrolarse en el ejército como soldado profesional, algo que a Marcelo le enfadaba. «La sangre de mi sangre no se verterá en el campo de batalla al servicio del capital y el Estado», le decía a Samuel sin que este le prestara mucha atención. Marcelo se había propuesto influir en él hasta que cambiara su decisión, lo que incluía, en primer lugar, desbaratar con drogas psicotrópicas los esquemas mentales del pobre Samuel.

—Mucha droga te hará falta, porque a Samuel no lo veo yo muy partidario del *flower power*.

La cosa era que Samuel no consumía nada en espera de superar sin tacha los test para poder ingresar en el ejército.

—Nadie dice que no a un buen roscón de Reyes.

Y así fue. Nos sentamos a la mesa y Marcelo sirvió el chocolate caliente y el roscón. El roscón llevaba como ingrediente un poco de aceite cannábico y Marcelo lo dijo, aunque no creo que Samuel supiera que cannábico quería decir con extracto de cogollos de marihuana.

Tardó en subir y entretuvimos el rato conversando sobre las Navidades y la familia. La Trini, siempre predispuesta a las historias imposibles, contó que su hermana era aficionada desde niña a esconderse mazapanes en el coño y que por eso su madre tenía prohibido en casa los dulces en Navidad, incluido el roscón de Reyes. Samuel abría mucho los ojos, pero no decía nada. Marcelo le pidió que imitara para Trini y Mapu el canto de los pájaros de su tierra. Al escucharlo y observar la reacción de éxtasis de todos me di cuenta de que ya nos había subido bastante. «El jilguero», decía Samuel, e imitaba su trino a la perfección. La golondrina, el ruiseñor, el abejaruco... lo menos una veintena de aves imitadas a la perfección. Luego Marcelo le pidió que nos enseñara la manera en que llamaba a sus cabras para recogerlas en el prado. Y se puso de pie y lo hizo. Era como un chasquido repetido en el que

se intercalaba un silbido. «Suena tan silvestre», comentó la Trini. «Trini, que casi podrías ser su madre», le reñí, sabiendo que de poco servía.

Empezó a sonar música y yo me tumbé en el sofá del salón con un pronunciado mareo. Alrededor de la mesa Trini, Mapu, Marcelo y Samuel bailaban como a cámara lenta. Yo escuchaba hablar sin seguir la conversación. Aquello era mucho más fuerte que fumarle tres porros. De pronto la Trini se despechugó y se puso a barrer con sus grandes tetas las migas de la mesa. Me llevó un rato adivinar que estaba haciendo aquello. «No puede quedar ni una», decía Marcelo mientras Samuel, con los ojos desorbitados, y Mapu, con una sonrisa más grande que su cara, animaban dando palmas.

A continuación, quitaron la música y Mapu se quitó los pantalones y las bragas y se sentó encima de la mesa. Al principio creí que lo estaba haciendo para presumir de pubis poblado, pero se hizo el silencio y sonó una ventosidad vaginal y luego otra y luego cuatro o cinco encadenadas. Los aplausos me sonaron atronadores. Yo no podía ni moverme del sofá. Tenía mucha sed, pero era incapaz de articular palabra. Cuando vi que Marcelo se marchaba a la cocina probé a mandarle un mensaje telepático para que me trajera una botella de agua fresca, pero regresó de allí con una bolsa de nueces enteras.

Lo último que vi antes de cerrar los ojos fue a Samuel golpeando las nueces con su miembro. De cuatro golpes creo que consiguió romper la cáscara de una de ellas. Luego Mapu se acurrucó a mi lado en el sofá y vi a lo lejos cómo Marcelo conducía a su primo y a la Trini a mi cuarto.

Al día siguiente descubrí en mi móvil cuatro vídeos con las actuaciones de aquel circo porno satírico. La cuarta grabación era de la Trini follandose al pobre Samuel en mi cama. Lo



borré todo, por supuesto, y luego Marcelo discutió conmigo llamándome fascista por haber «censurado el último capítulo de la historia del arte universal».

—El arte contemporáneo está en un callejón sin salida del que solo puede salir con la ayuda de los psicotrópicos, drogas capaces de cambiar la percepción del mundo y de transformar a los participantes. Los vídeos que has borrado eran el documento de esa transformación psicodélica, la demostración audiovisual de cómo tres simples espectadores, al participar de una experiencia cannábica, toman las riendas de su vida y se liberan de las represiones que los atan.

—Marcelo, que parece que sigues bajo los efectos del roscón. Los vídeos esos eran deprimentes y es preocupante que tú creas que la revolución consiste en ver a la Trini a cuatro patas recogiendo con las tetas las migas de la mesa, o a la Mapu tirándose pedos por el chocho o a tu primo partiendo nueces con la punta de la polla. Al final le estás dando la razón a los que no te han dado un cargo en Podemos.

—Por culpa de gente como tú, España está como está.

A lo mejor me pasé recordándole lo de Podemos, pero alguien tiene que frenar a Marcelo para que no siga con sus planes delirantes. O al menos para que no use mi casa como centro de operaciones.